

50 ENCUENTRO UNIVERSITARIOS CATÓLICOS
De la Fe a la Razón
Universidad Católica de Valencia "San Vicente Mártir"
Valencia, 11 al 14 octubre 2007

Patologías de la Razón

Eduardo Ortiz

1. Introducción.
2. La renuncia a ejercitar la razón.
3. Las patologías de la razón.
4. Responsabilidad epistémica.
5. El ejercicio adecuado de la racionalidad.

"Creímos que todo estaba
roto, perdido, manchado...
-Pero, dentro, sonreía
lo verdadero, esperando"

(Juan Ramón Jiménez, *Segunda Antología Poética*, 1922)

1. Introducción.

La identificación de enfermedades o patologías en el ámbito de la salud, depende de la existencia de una serie de síntomas y criterios¹. Cuando recogemos nuestros análisis de sangre, observamos que hay unos marcadores de hemoglobina, glucosa, colesterol, triglicéridos, transaminasas, etc. Cada uno de estos indicadores—y otros muchos—muestran un umbral mínimo y un umbral máximo. Descubrir patologías suele coincidir con mostrar valores por debajo de los umbrales mínimos o por encima de los umbrales máximos. Hay otros modos de aislar enfermedades: la observación, la escucha atenta del paciente por el terapeuta, la exploración mediante el tacto o con la ayuda de aparatos sofisticados, etc. Los profesionales de la salud elaboran sus diagnósticos, recurriendo no sólo a una, sino a varias de estas vías o caminos para detectar patologías. Sus informes patológicos, sus historias clínicas, tienen como trasfondo una pintura más o menos identificable: la del hombre o mujer

¹ Los síntomas son menos seguros que los segundos. Aunque—como Wittgenstein apuntara en su reflexión sobre el lenguaje—, éstos no siempre tienen contornos totalmente precisos, su existencia es innegable. L. Wittgenstein, *Los cuadernos azul y marrón*, Madrid, Tecnos, 1989, 53ss.

sanos, i.e., aquéllos que mantienen sus valores dentro de los umbrales mínimo y máximo de los marcadores sometidos a escrutinio.

Identificar patologías en el ámbito del ejercicio de la razón, presupone también el uso de una determinada imagen: la de un hombre o mujer que razona adecuadamente, intelectualmente sano.

La dialéctica entre sano y enfermo, entre adecuado e inadecuado (en referencia al ejercicio efectivo de la razón humana), me servirá para dar cuenta de las patologías de la razón y de su posible cura. El estudio de las enfermedades o patologías nos interesa para hallar cuanto antes un tratamiento capaz de hacerles frente. Estudiar patologías por otro motivo que no fuera éste, resultaría morboso, incluso patológico.

2. La renuncia a ejercitar la razón.

La racionalidad nos distingue a los seres humanos respecto al resto de los seres vivos. El hombre es un *animal racional* — leemos en los libros, nos han dicho nuestros profesores. Pero siempre que escucho esta definición, recuerdo la admonición de Harold A. Prichard: *es más difícil conseguir que un hombre piense, que hacer que un caballo coma sin ganas*. Es decir, tal caracterización de nuestra especie sería más un deseo o un imperativo que una definición.

Y es que el término “razón” o “racionalidad” es descriptivo, sí, pero también normativo o evaluativo. La razón es una facultad humana muy especial. ¿Por qué? Sencillamente, porque los seres humanos nos señalamos como especie — como humanos — por su ejercicio. Mejor dicho, parafraseando el comentario de Prichard, deberíamos señalarnos como especie por su adecuado ejercicio. Para precisar en qué consiste el adecuado ejercicio de la racionalidad, hemos de dar un imprescindible rodeo.

Los términos “razón” y “entendimiento o inteligencia” apuntan a una misma capacidad o facultad. Si, de todos modos, usamos estos nombres para referirnos a una misma facultad, es porque ésta lleva a cabo operaciones diferentes. En el caso de la razón, lo propio de ésta es pasar de unos enunciados a otros hasta alcanzar una verdad. Los seres humanos no solemos llegar *de golpe*

y porrazo a lo verdadero. Nos suele costar más. No basta con dar un único paso. El descubrimiento de la verdad, sea en el ámbito que sea, suele ser el resultado de un proceso más largo. La lógica estudia los muchos esquemas que sigue el adecuado ejercicio de la razón. Ejs.: *modus ponens*, *modus tollens*, *silogismo disyuntivo*, etc. Quien no los respeta, razona mal. El acuerdo entre los seres humanos respecto a estos asuntos, es prácticamente universal.

El problema es que el movimiento de la razón—de unos enunciados o juicios a otros, hasta dar con una u otra verdad—ha de partir de algún punto, de algún lugar, en realidad, de alguna verdad². ¿O no? Pues no necesariamente.

De hecho, hay quien razona a partir de algo que sabe positivamente que no es verdad. Si lo hace con la intención de engañar, miente. (Y permitidme añadir que hay una parte de la lógica clásica—la erística—, que “a partir de cosas que parecen plausibles, pero no lo son, prueban o parece que prueban”³). Si no lo hace con la intención de engañar, está, en el mejor de los casos, fantaseando o jugando. En relación con esto último, los hay que razonan a partir de premisas o juicios, sin la pretensión de engañar ni de no engañar, es decir, al margen de toda relación con la verdad o la falsedad. Las tonterías, las sandeces, no son desde luego privativas de nuestro tiempo. Pero su proliferación contemporánea da que pensar. Es sintomático que la reedición hace poco de un breve ensayo sobre este tema, elaborado por Harry G. Frankfurt en 1986, haya alcanzado durante varios meses del año 2005 el nº 1 en la lista de libros más vendidos del *New York Times* — en el apartado de no-ficción⁴.

3. Las patologías de la razón.

Este importante filósofo norteamericano estima que el *escepticismo* es una de las fuentes de que se alimenta este fenómeno. Quien duda de modo radical respecto a las posibilidades del conocimiento humano para descubrir verdades,

² Sto. Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, I, c.79, a.8.

³ Aristóteles, *Sobre las refutaciones sofísticas*, 165b7-9. Véase, Arthur Schopenhauer, *El arte de tener razón, expuesto en 38 estrategias*, Madrid, Alianza, 2002.

⁴ “esa falta de conexión con una preocupación por la verdad—esta indiferencia respecto de cómo son las cosas en realidad—es lo que yo considero la esencia del *bullshit*”, (Harry G. Frankfurt, “Sobre el concepto de *bullshit*”, en Id., *La importancia de lo que nos preocupa. Ensayos filosóficos*, Buenos Aires, Katz Editores, 2006, 171-194, 182)

acaba refugiándose en sí mismo--en sus pensamientos, emociones y sentimientos, estados de ánimo...--, y proponiéndose la veracidad para consigo mismo, como definitivo plan de vida. Si no hay fidelidad posible respecto a la realidad (ya que nos es incognoscible), seamos al menos fieles a nosotros mismos. Claro que, si los hechos nos son difíciles, en última instancia, imposibles de conocer, según el escéptico, ¿por qué— cabe preguntar-- habría de sernos más fácil el conocimiento de nosotros mismos? Al fin y al cabo, las capacidades que utilizamos para conocer el mundo están íntimamente relacionadas con las que manejamos para saber quiénes somos. De otro modo: si no podemos responder satisfactoriamente a la pregunta sobre qué sea la realidad, ¿qué procedimiento nos garantiza que lograremos certeza respecto a nosotros mismos?

Por eso: vivamos en la superficie de las cosas. “*¡Comamos y bebamos, que mañana moriremos!*” (1 Cor 15, 32). Llámese mentalidad *postmoderna*, llámese mentalidad *pragmática*--entendida como la actitud o el hábito de dejar de lado “el recurso a reflexiones teoréticas o a valoraciones basadas en principios éticos”⁵--, o llámese como se llame, esta renuncia al ejercicio de la racionalidad es una automutilación de consecuencias indeseables.

El mundo no es una construcción nuestra. Muchos han dejado ya en él su huella—entre otros, aquéllos gracias a los cuales hemos venido a la vida. Y así, nuestras vidas están cruzadas por las más variadas sollicitaciones: mensajes de todo tipo, tradiciones que nos transmiten unos bienes u otros, la complejidad de una vida social altamente organizada, etc. Hemos de pensar qué hacer con todo ello: si pertenecer o no, si entrar o salir, si participar o huir...

Trataremos ahora de repasar aquellas otras patologías que tienen que ver con el ejercicio efectivo de la racionalidad, cuando ésta arranca de falsedades no reconocidas como tales o de verdades que no ocupan el lugar que les corresponde en el *stock* de creencias verdaderas—pues, siendo todas éstas verdades, conforman un sistema jerarquizado, es decir, las hay más y menos

⁵ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Fides et Ratio*, 14 septiembre 1998, § 89. En adelante la citaré como *FR*.

importantes. Por ejemplo, no todas gozan del estatuto de verdades básicas o fundantes, como las que forman parte de la, así llamada, filosofía perenne o *filosofía implícita* y que son “una especie de patrimonio espiritual de la humanidad”⁶. Se trata—sigo las sucintas referencias a ellas que hace la encíclica—de los principios de no contradicción, finalidad y causalidad; del reconocimiento de los seres humanos como *personas dotadas de humana naturaleza*, libres e inteligentes y (en contra del escepticismo antes repasado) capaces de conocer a Dios, la verdad y el bien; de la aceptación de una ética adecuada, en la que destaca la primacía del amor y el papel que desempeñan las virtudes, los valores, la ley natural y las normas morales fundamentales. Todo ello sin olvidar el carácter sistemático en que ha de organizarse ese conjunto de verdades, el rigor de los argumentos a favor de ellas y la pretensión de universalidad con que se presentan (son verdades, no para unos pocos, sino para todos).

Pues bien, es el caso que todas y cada una de estas verdades han sido criticadas, hasta el punto de aventurar versiones débiles o mitigadas de ellas o incluso su negación. No obstante, si estas verdades son básicas, quien no arranque de ellas a la hora de razonar, al final de su jornada no llegará, por mucho que piense...a ninguna verdad. En el mejor de los casos, pensará de modo coherente, pero a partir de premisas o puntos de partida falsos. Su razón andará desencaminada. Caminará rápido, quizás con paso firme, pero hacia un precipicio. (Ya lo hemos visto al referirnos al escepticismo, que—según las versiones— duda menos o más de nuestra capacidad cognoscitiva y estima que no podemos ir más allá del establecimiento de opiniones más o menos probables según el ámbito de que se trate (metafísico, religioso, moral, político))

Es lo que le ocurre a quien asume ofertas de una y otra escuela o corriente, de una y otra cultura, sin conocer el contexto histórico en que nacieron, sin discernir lo que en ellas hay de adecuado o inadecuado. Este *eclecticismo*⁷—que así se llama esta patología de la razón—se encuentra en la asunción que algunos

⁶ Juan Pablo II, *FR*, § 4.

⁷ Juan Pablo II, *FR*, § 86.

teólogos de la liberación hicieron del materialismo histórico marxista, en la acogida sin matices que algunos hacen del liberalismo o en la aceptación por algunos del dualismo ‘trascendental-categorial’ kantiano en el ámbito de la ética y la teología moral.

Tampoco corre mejor suerte aquél que limita el valor de verdad de cualquier afirmación o tesis, al contexto histórico y cultural en que se propuso. No hay, pues, verdades universales, verdades que lo son para todos los hombres y mujeres de todas las épocas. Solamente hay verdades particulares, limitadas a cada momento o período histórico. Los ejemplos del *historicismo*⁸ son legión: la resistencia a la equiparación del matrimonio homosexual con el heterosexual—defiende el *constructivismo social*⁹, por ejemplo--, depende, parece ser, de olvidar la raíz judeocristiana de la supuesta superior adecuación antropológica del matrimonio heterosexual y de la familia monógama independiente (la formada por una pareja heterosexual casada y sus hijos solteros).

El *relativismo* está muy estrechamente relacionado con esta desviación de la razón. Sus fuentes se encuentran, entre otras, en la sensibilidad (ejercitada sin discriminación) para con las peculiaridades de cada cultura, de cada momento histórico, hasta de cada persona y en el rechazo a la temida homogeneización que, según algunos, implicaría la proclamación de la existencia de verdades universales. Es curioso que, seguramente muy en contra de sus defensores, el relativismo corra el peligro de aliarse precisamente con una de las más funestas homogeneizaciones: el totalitarismo. Pues, “si no existe una verdad última—la cual guía y orienta la acción política--, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser fácilmente instrumentalizadas para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia”¹⁰.

Una de las señas de identidad de nuestra civilización occidental es el avance en el conocimiento, predicción y control de la naturaleza. Negar el progreso

⁸ Juan Pablo II, *FR*, § 87.

⁹ Inspirado en la obra de Michel Foucault.

¹⁰ Juan Pablo II, Carta Encíclica *Centesimus annus*, 1 mayo 1991, § 46. Cf. la referencia a “el riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético, que quita a la convivencia civil cualquier punto seguro de referencia moral” (Juan Pablo II, Carta Encíclica *Veritatis Splendor*, 6 agosto 1993, § 101).

científico es, sencillamente, un disparate. Sin embargo, especialmente desde la Ilustración, cunde la inclinación a la extrapolación en el noble edificio de las ciencias y saberes humanos: es decir, si el desarrollo de una ciencia particular ha sido tan grande (por ejemplo, el de la física-matemática mecanicista y el avance tecnológico que la acompañó) y tan patentemente útil para todos (por ejemplo, el aumento en la capacidad de previsión y control de la naturaleza, con los beneficios consiguientes para nuestro bienestar), ¿no sería altamente recomendable que las demás ciencias imitaran aquél o aquellos aspectos que tanto han hecho prosperar a una de ellas? Hoy sabemos que el espectacular florecimiento de la física matemática en el Barroco, fue el fruto de una decisión metodológica: sea creyente o no, tenga inclinaciones metafísicas o no, cuando hace ciencia, el científico—en este caso, el físico—ha de mirar a la naturaleza como materia en movimiento (partículas girando en el vacío). Esta manera de vérselas con la naturaleza abrió la puerta a su descripción por medio de la aritmética y la geometría. “La Naturaleza está escrita en lenguaje matemático”, escribió Galileo en *Il Saggiatore* (1623).

¿Por qué no extrapolar, entonces, esta manera de hacer ciencia a aquellas disciplinas que tratan los asuntos humanos por excelencia: la moral, la política, la religión? ¿No iniciarían también ellas, gracias a esta decisión, un progreso de consecuencias beneficiosas para toda la humanidad? Pues no necesariamente. Porque el método de una ciencia ha de adaptarse al objeto que estudia. Y, ¿no parece, si no chocante al menos discutible, estudiar, por ejemplo, la conducta humana o los actos humanos (objeto material de la filosofía moral, de la política y de la religión) como materia en movimiento? El intento ha sido, en diversas ocasiones, llevado a cabo, según aquella regla según la cual lo que puede ser hecho, al final se hace. En el caso que nos ocupa, el resultado final siempre ha dejado mucho que desear.

En efecto, el estudio de los asuntos de que tratan las ciencias humanas y sociales, necesita de algo más que la matemática y sus ciencias auxiliares (o que los métodos cuantitativos). Empeñarse en lo contrario tiene consecuencias indeseables: considerar que una ciencia es superior a las demás (las que, sin

culpa, no se someten a su metodología), que éstas últimas son ciencias sólo en un sentido mitigado o, sencillamente, que no son ciencias, por lo que son impermeables al ejercicio de la racionalidad, etc. Esta división en el mundo de las ciencias es un efecto de ese reduccionismo que se conoce con el nombre de *cientifismo*¹¹ —una patología de la razón que muchos comparten hoy, pero que no todos entienden.

La fase terminal de las patologías de la razón es, sin duda, el *nihilismo*¹². A Gorgias, un sofista del siglo IV antes de Cristo, debemos una de sus formulaciones más conocidas y contundentes: *no existe realidad alguna; si algo existiera, no lo conoceríamos; aunque pudiéramos conocer algo, no lo podríamos comunicar a los demás*. Difícilmente llegan los nihilistas a formulaciones tan extremas como éstas.

Pero, no nos llamemos a engaño, el aliento de esta patología está en mayor o menor medida detrás de todas las anteriores: no hay posibilidad de conocer algo con certeza (*escepticismo*); puede dejarse de lado la preocupación por la teoría o por el alcance ético de nuestras ideas y creencias (*pragmatismo*); no hay por qué practicar un discernimiento preciso de las ideas o creencias que acogemos (*eclecticismo*); no hay verdades universales o transhistóricas (*historicismo*) ni verdades absolutas (*relativismo*); no hay una pluralidad de saberes que merezcan el calificativo de “ciencia” (*cientifismo*). Es curioso que todas estas patologías manifiesten una cierta alianza con la nada.

4. Responsabilidad epistémica.

Pero, ¿cómo es posible que los seres humanos nos veamos precipitados en semejantes errores?, ¿hay algo en nuestra naturaleza que nos haga vulnerables a estas patologías? La respuesta es que sí. Efectivamente, el hombre es un *animal herido* (Nietzsche), *falible* (Ricoeur). Su naturaleza está, no corrompida, pero sí lesionada. De ahí nuestra vulnerabilidad, entre otras cosas, al error, al engaño y hasta al autoengaño. Sabiendo esto, no resulta extraño que, antes de estudiar,

¹¹ Juan Pablo II, *FR*, § 88.

¹² Juan Pablo II, *FR*, § 90.

Tomás de Aquino rezara así: *“Dígnate infundir en las tinieblas de mi inteligencia el rayo de tu claridad, apartando de mí la doble tiniebla en que nací, que es el pecado (o el error) y la ignorancia”*.

Desde luego, las recién citadas desdichas tienen grados. También los tienen las que hemos repasado—las patologías de la razón. Estas patologías son especialmente severas, cuando van más allá de configurar un episodio individual y se convierten en una mentalidad compartida por un grupo o, lo que es más grave, por la mayor parte de los hombres y mujeres de una época.

Por su difusión contemporánea, permítidme volver a la patología relativista-negar que existan verdades absolutas (*semper et pro semper*)—. Suele ser caldo de cultivo para que las ideas y creencias de los seres humanos, se vean sometidas a los más diversos intereses: totalitarismo, nacionalismo exacerbado, racismo...A este último quisiera referirme ahora, con un ejemplo, el de un personaje literario: el Huckleberry Finn de Mark Twain.

Una de sus aventuras más sonadas consiste en proteger al esclavo negro Jim y ayudarlo a escapar. Mientras están los dos en la barca, Huckleberry manifiesta problemas de conciencia. Como la mayoría de sus coetáneos, cree que ayudar a que un esclavo escape, es robar y no se debe robar. También cree que hay que ayudar y ser fiel a los amigos, pero esta lealtad ha de ser puesta en relación con cosas como el derecho a la propiedad. Ahora bien, ¿no es cierto que Miss Watson, la propietaria de Jim, goza de esos derechos? Huckleberry intenta encontrar una excusa para no delatar a Jim, pero tiene una muy limitada capacidad de deliberación en asuntos morales y no se le ocurre dudar de las creencias que comparte la sociedad en la que vive (y que formarían parte de lo que en aquella época se considerara como “sentido común”). No encuentra ningún pretexto. *“La conciencia me decía: “¿Qué te había hecho la pobre señorita Watson para que tú, sin decir ni una palabra, pudieras ver a su negro escaparse delante de tus propias narices? ¿Qué te hizo esa pobre vieja para que le devolvieras un trato tan mezquino?”*. Tras dialogar consigo mismo de este modo, llega a una conclusión: *“Aguarda un poco, aún no es demasiado tarde...A la primera luz, remo hasta la orilla y*

*le denunció*¹³. Sin embargo, cuando llega la oportunidad, Huckleberry se muestra incapaz de hacer lo que ha pensado y se culpa por ello, decidiendo que, a partir de ese momento, dejará de lado las consideraciones morales y actuará según las circunstancias.

¿Qué decir de todo esto?, ¿ha obrado bien Huckleberry o no? Sin duda, ayudar a que Jim huya de su “dueña”, es una acción moralmente buena. Además, lo que Huckleberry Finn llama “conciencia”, no es sino la presión que ejercen sobre él las creencias compartidas por la mayoría de la sociedad. Su conciencia (moral) ha vencido a (lo que él llama) “conciencia”. El corazón de Huckleberry aún está intacto. La acción no es, sin embargo, moralmente perfecta. Le sobran los remordimientos.

¿Hasta dónde puede resistir la conciencia moral la presión de la conciencia social? Reconozcámoslo: es muy difícil levantarse por encima del paisaje cognitivo del momento histórico y de la sociedad en que uno vive y enfrentarse a él. El poder y la costumbre suelen tolerar mal estas actitudes. Pero he dicho “muy difícil”, no imposible: pensemos en Jesucristo y en los que, siguiendo sus huellas, han opuesto resistencia a la inercia de su época, pensemos en Sócrates, pensemos en los alemanes que formaban parte del ejército nazi durante la Segunda Guerra Mundial y se opusieron a las órdenes sanguinarias de sus oficiales. Las muestras de ejemplaridad epistémica y moral a lo largo de la historia no son pocas. Y aunque lo fueran, merecerían nuestra máxima atención. No he de justificar ante una audiencia como ésta el por qué. Estoy seguro.

Ahora bien, ¿cómo la podemos alcanzar hoy nosotros?, ¿cómo podemos seguir esos ejemplos y engrosar las filas de esa parte de la humanidad que, cuando la contemplamos, consigue que no sucumbamos a la tentación del desaliento y la desesperanza?

5. El ejercicio adecuado de la racionalidad.

Una de las condiciones para responder satisfactoriamente a esas preguntas pasa, desde luego, por el ejercicio adecuado de la racionalidad. Sin embargo,

¹³ Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, Madrid, Cátedra, 1998, 174, 175.

adecuada o inadecuadamente, la razón nunca funciona independientemente del resto de facultades que constituyen la naturaleza humana. El despliegue de humana naturaleza que cada persona hace a lo largo de su existencia, tampoco ocurre de modo independiente o aislado respecto de otras personas y de la sociedad de su época. Como acabamos de ver, en ella hay una serie de creencias, que tienen un peso sobre sus miembros, si no decisivo, sí muy notable. En suma: la razón no es impermeable.

El caso es que esto es algo que no debe preocuparnos. No podemos ejercitar nuestra racionalidad poniendo entre paréntesis al resto de nuestra humana naturaleza y a la influencia de otras personas, de la sociedad del momento que nos toca vivir. De hecho, no lo hacemos.

El problema no es que el ejercicio de nuestra racionalidad esté sometido a influencias, sino a *qué influencias está sometido*. Porque hay algunas que consiguen aletargar a la razón humana y la hacen enfermar. “*El sueño de la razón engendra monstruos*”, dice uno de los dibujos a los que Goya puso el nombre de “Caprichos”.

Atendamos, una vez más, a la oferta que a la razón hace la Iglesia: la de colaboración con la fe¹⁴. La fe no es enemiga de la razón humana, no menoscaba su ejercicio, no atenta contra su justamente entendida autonomía. No puede. Pues la fe nace de un encuentro entre dos personas, Jesucristo y el hombre. Dios no ha querido, no quiere, prescindir del ser humano, de ninguno de nosotros (“*la fe sin la razón no será humana*”¹⁵). Él nos ha amado a todos y cada uno de nosotros, “*hasta el extremo*” (Jn 13, 1c)¹⁶. Solamente la lógica del amor hace inteligible una existencia como la Suya, con ese final tan brutal como

¹⁴ “La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad”, Juan Pablo II, *FR*, § 1.

¹⁵ Joseph Ratzinger, *Situación actual de la fe y la Teología*, Conferencia impartida en el encuentro de presidentes de comisiones episcopales de América Latina para la doctrina de la fe, celebrado en Guadalajara (México), 1996.

En la misma línea, véase Joseph Ratzinger, *El Dios de la fe y el Dios de los filósofos*, Madrid, Taurus, 1962: “el elemento filosófico se suministró al concepto de Dios de la Biblia en la medida en que éste se encontraba forzado a pronunciar lo suyo propio y especial frente al mundo de los pueblos, y en un lenguaje general, esto es, comprensible para el mundo todo... La filosofía sigue siendo más bien lo otro y lo propio, a lo que se refiere la fe para expresarse en ella como en lo otro y hacerse comprensible” (38, 40). Hay una reedición reciente de este libro, en Madrid, Ediciones Encuentro, 2006).

¹⁶ “*Hasta el colmo*”, comenta la nota de la Biblia de Jerusalén.

conmover. Por eso, la fe es la atmósfera en la que la razón puede respirar hasta el fondo. Bien podemos afirmar que, en un sentido, la fe es profundamente humana, profundamente natural. De ahí que, al tratar la infidelidad entendida como oposición a la fe, apunta Sto. Tomás lo siguiente: “no está al alcance de la naturaleza el tener fe; pero sí lo está el hecho de que el espíritu del hombre no se oponga a la moción interior y a la predicación externa de la verdad. De este modo, la infidelidad es contraria a la naturaleza”¹⁷

Sin embargo, “la venida de Cristo ha sido el acontecimiento de salvación que ha redimido a la razón de su debilidad, librándola de los cepos en los que ella misma se había encadenado”¹⁸. Las patologías de la razón no tienen por qué ser, afortunadamente, el final de la historia.

De la difusión de la fe, a tiempo y a destiempo, podemos esperar la recuperación no sólo de la razón, sino también de la persona completa. Sin restar importancia al peso que tiene lo que piensa o lo que desea, la persona es lo que ama. Esto enseña la antropología adecuada. El ser humano es sobre todo alguien que busca ser amado y amar. Y aquí hemos de advertir algo paralelo a lo que dijimos al hablar de las influencias que padece nuestra razón: el problema no es que no podamos dejar de ser amados y amar, *el problema es quién nos ama y a quién amamos*.

De un modo u otro, el amor, todo amor, une a quienes se aman y los asemeja entre sí. Cuanto más somos amados por alguien y lo amamos, más nos parecemos a él. El contacto con el Amor de Dios manifestado en Cristo, no elimina nuestros amores. Consigue ordenarlos, poniendo a cada uno en el lugar que les corresponde: el amor a Él, a nosotros mismos y a nuestros familiares, a nuestros amigos, a los conocidos pero no íntimos, a aquéllos con quienes nos cruzamos ocasionalmente...hasta a nuestros enemigos. Como en los primeros siglos de nuestra era, el encuentro de los seres humanos con el Amor de Dios suele tener lugar cuando se encuentran con los cristianos, con esa “gran cadena de los creyentes”¹⁹ que es la Iglesia. La fe viva de los cristianos—ese *admirable*

¹⁷ Sto. Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, II-II, c.10, a.1, ad 1.

¹⁸ Juan Pablo II, *FR*, § 22.

¹⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, § 166.

tenor de vida de que hablan los documentos más antiguos de la Tradición—hace que la facultad racional de quienes entran en relación con ellos, acabe siendo permeable a la fe. Eslabones privilegiados de aquella cadena son los *mártires*, capaces de generar en muchos “*una gran confianza*”, pues sus vidas testimonian “*la evidencia de un amor que no tiene necesidad de largas argumentaciones para convencer*”²⁰.

Así, del contacto con el Amor de Dios manifestado en Cristo, podemos esperar un adecuado ejercicio de nuestra razón: es decir, la claridad conceptual, el respeto a los esquemas del pensar que la lógica estudia y el rechazo de los sofismas, el esfuerzo por lograr la mayor coherencia posible en nuestro sistema de creencias, la correspondencia con la realidad tal y como es (y no como la imagina tal o cual ideología), la apertura a lo nuevo, y todo ello dentro de “*una ética del pensamiento...que enmarque la actividad de la razón en un clima espiritual rico en humildad, sinceridad, valentía, honradez, confianza, atención a los demás y apertura al misterio*”²¹.

El ejercicio de la razón que nace del contacto con la fe en Cristo, *no mira por encima del hombro* a quienes razonan desde otros credos, desde otras creencias, incluso desde la increencia. En toda persona que se esfuerza con honestidad por razonar bien, puede quizás escucharse alguna verdad nueva o alguna nueva reformulación iluminadora de una antigua verdad.

Y ahora, algunas sugerencias: tampoco podemos dejar de observar y escuchar con atención el mensaje que portan los que no piensan (los más débiles de entre nosotros, los niños) y los que nunca razonarán o jamás volverán a hacerlo (los severamente discapacitados por uno u otro motivo). Ni por un momento hemos de desestimar tampoco lo que pensaron quienes ya no están entre nosotros. Por último: como acabamos de hacer aquí hoy, no podemos dejar de atender y escrutar los desvaríos de la razón humanas, sus patologías. El contacto con ellas puede, *prima facie*, desalentarnos. Aquí solamente las hemos repasado en líneas generales. Pero sus variantes son numerosas.

²⁰ Juan Pablo II, *FR*, § 32.

²¹ Juan Pablo II, *Discurso al mundo académico y a los intelectuales en la Capilla de la Universidad de Vilna (Lituania)*, 5 septiembre 1993.

Pero, repitámoslo, el desaliento no merece ser la última palabra. Como saben los profesionales de la salud, el análisis de las patologías estimula la investigación, la búsqueda de curación y, al final, hasta puede permitir el refuerzo de la salud. Puede además alimentar una actitud que los seres humanos necesitamos para llevar una vida buena o lograda: la vigilancia sobre nosotros mismos. Por otro lado, *last but not least*, puede abrir a la vez la posibilidad de que aparezca una virtud, sin la cual no es posible adquirir una vida buena o lograda: me refiero a la *humildad*. Sí. La humildad que exhibe la conducta de aquél que, cuando está enfermo, va al médico.

La oferta que la fe en Jesucristo hace a la razón del hombre todo tiempo, y también del hombre de hoy, tiene una poderosísima dimensión terapéutica. ¡Que nadie se escandalice! Padecer enfermedades o patologías es algo propio de la naturaleza humana. Claro que el primer paso para curarse es reconocerse enfermo. Ahora bien, por enferma que se halle la razón de un ser humano, jamás ha de temer acercarse a Aquél que, ante la sorpresa que manifestaron los fariseos por verlo compartir mesa con publicanos y pecadores, respondió: “*no necesitan médico los que están fuertes, sino los que están mal...no he venido a llamar a justos, sino a pecadores*” (Mateo 10, 12.13).